



Título: *Cartas muertas*
Autor: Javier Casis
Lugar y año: Madrid, 2006
Editorial: Huerga y Fierro
Páginas: 235

Si tuviera que definir *Cartas muertas* en pocas palabras diría que se trata de una novela de novelas dirigida fundamentalmente a lectores avezados. El autor, muy consciente de su propio bagaje lector, deja que sus propias lecturas habiten la novela y transiten por sus 235 páginas. En ocasiones de forma explícita y en ocasiones buscando la complicidad de lecturas compartidas, las constantes referencias a obras y autores de las literaturas inglesa, francesa y española se constituyen en elemento imprescindible para la total comprensión del argumento. Pero es la influencia de la tradición literaria inglesa, más concretamente la del periodo victoriano, uno de sus favoritos como él mismo reconoce, la que de forma más patente se trasluce en el estilo literario de Javier Casis.

Como en la novela victoriana, en *Cartas muertas* las alusiones, no sólo literarias, no son arbitrarias ni casuales y es el propio lector el que debe determinar el significado último de las mismas en el desarrollo de la trama, porque en ocasiones nos proporcionan claves para interpretar tanto a

los personajes como sus acciones. También como en la novela victoriana, lejos de un concepto simple de narrador omnisciente en tercera persona, neutro y distante, el autor juega con la voz narrativa. En no pocas ocasiones, el narrador guía de forma intrusiva al lector, introduciendo a veces sutiles prolepsis y obligándolo en otras a releer o reinterpretar lo que ya nos ha narrado haciéndolo entrar en un juego de inusitada analepsis interna. Ese mismo narrador se dirige con frecuencia de forma directa al lector, animándolo a que rescriba a su gusto la novela, como sucede en este pasaje

Charles se encaminó ensimismado hacia un par de mesas bajas y encendió, con premeditada lentitud, confidenciales lámparas, que más que proyectar luces esparcieron y alargaron sombras. Si en vez de lámparas hubieran sido candelabros la escena hubiese resultado perfecta, todavía estamos a tiempo de traer un par por lo menos y dejaremos que el lector los sitúe y encienda donde y cuando lo considere oportuno, vuelvo

a insistir en que ésta es una narración abierta y cada uno puede aportar lo que quiera, según sus preferencias. (p. 105-6)

El lenguaje que Javier Casis utiliza para construir su novela posee, asimismo, la carga detallística que caracteriza el periodo victoriano. Es evidente que para el autor de *Cartas muertas*, constituye una parte esencial del trabajo de creación literaria, tanto o más que la historia que quiere contarnos. En una entrevista publicada en el suplemento *Imagina* del diario *La Rioja*, el autor de *Cartas muertas* declara de forma explícita su intención de enriquecer el lenguaje de los lectores con sus novelas: “Primero creo que se debe de escribir decentemente para que la gente gane algo al leerlo, lenguaje”. Sin embargo, la indudable riqueza léxica de la que hace gala Casis, unida a esa intención magisterial, en ocasiones demasiado evidente, pueden resultar en ocasiones excesivas. El uso de sinónimos, por ejemplo, alarga las frases innecesariamente sin conseguir mayor fuerza expresiva.

La novela comienza con dos historias paralelas. Luis Aguirre, escritor, se dirige a una cita con un viejo amigo, Jaime Charles, con el que debe encontrarse en el emblemático edificio del Palacio de Comunicaciones de Madrid. El mismo día, a la misma hora y en la misma ciudad, un librero anticuario, Calavia, recibe una sorprendente llamada telefónica en la que un colaborador le comunica la inesperada aparición de unas cartas de gran valor histórico, y también literario, y la posibilidad de hacerse con ellas. Serán precisamente esas cartas las que harán que las dos tramas paralelas iniciales se entremezclen en el transcurso de la acción y

den lugar a la intriga que constituye el fondo de la novela.

Lamentablemente, tras un esperanzador comienzo, la trama se diluye en medias palabras y secretismos innecesarios. Sólo los avezados serán capaces de seguir sin desfallecer los múltiples desvíos y vaivenes que obstaculizan el camino hacia una resolución final que nunca llega, o que lo hace de un modo confuso, dejando demasiados rincones oscuros. Si bien es cierto que la intención del autor puede haber sido la de ofrecer un final abierto, al estilo de las novelas posmodernas, puesto que anima explícitamente, a través de su narrador, a los lectores a que sean ellos mismos los que completen la novela a su gusto, el intento resulta fallido. Definitivamente en *Cartas muertas* se escatiman piezas del rompecabezas, quedan cabos sueltos que son responsabilidad última y exclusiva del autor, especialmente cuando, como en este caso, se trata de una novela de misterio.

Una lástima, porque *Cartas muertas* es por lo demás el más que digno resultado de un trabajo realizado de forma concienzuda por un autor que deja traslucir en cada línea largos años de lecturas y reflexiones sobre el arte de la creación literaria.

María Luisa Lázaro